

LA VENTANA INDISCRETA

Por Eduardo Torres-Dulce Lifante



Libertad de prensa

Hay películas sobre las que pesa la alargada sombra de otras precedentes. En el caso de *Los Archivos del Pentágono* resulta casi imposible no pensar cuando se ve la cinta en *Todos los hombres del presidente*, la película que Allan J. Pakula rodó con Redford y Dustin Hoffman como Woodward y Bernstein en torno a la investigación del caso Watergate en el seno de *The Washington Post*. *Los Archivos del Pentágono* trata de un caso muy similar y cercano en el tiempo; el informe McNamara y otros documentos que desnudaban la posición y manejos del Gobierno norteamericano en las administraciones de Eisenhower, Kennedy y Johnson revelando cómo habían ocultado información y mentido a la opinión pública. Un analista gubernamental, Daniel Ellsberg, filtró los documentos, primero a *The New York Times* y cuando un Juez Federal embargó la información, a *The Washington Post*, por entonces un diario muy local, dirigido por Ben Bradlee y su editora y propietaria familiar Katharine Graham decidió desafiar esa prohibición y comenzar a publicar esos papeles.

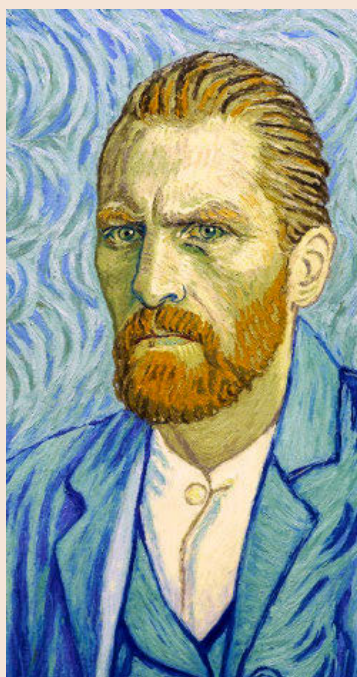
Steven Spielberg tiene la pulsión hace tiempo de rodar películas cuyo sentido moral y político se haga evidente y comoquiera que con *La lista de Schindler* y en *Salvar al soldado Ryan*, ese instinto le llevó a conquistar el Oscar, vuelve con frecuencia a ese terreno, un notorio cambio desde sus años en los que la idea era contar historias humanas profundamente emocionales (lo era sin duda *ET* y la mentada *Lista de Schindler*). Con *Los Archivos del Pentágono*, Spielberg, un concienzudo cinéfilo, se ha enfrentado a la larga sombra de la película de Pakula sobre el Watergate (su película finaliza con imágenes del asalto nixoniano a ese edificio).

Cómo contar la historia

En mi opinión, podía elegir dos caminos dramáticos para contar la historia. La primera era calcar la idea de la película de Pakula y centrar la cinta en la labor de los periodistas enfrentados a Nixon y sus secuaces. Era una vía peligrosa, el facsímil previsible, y Spielberg la desechó a medias. La otra era construir una película de personajes enfrentados al dilema de ejercer su oficio construido sobre la libertad de prensa y soportar las sevicias del Poder y para ello disponía de dos personajes, la editora Katharine Graham –una señora bien, muy rica, con importantes conexiones con el Poder que, inesperadamente, tras el suicidio de su brillante marido, se encuentra al frente de un diario– y la de su director Ben Bradlee (la lectura de sus respectivas memorias las reco-



Meryl Streep y Tom Hanks protagonizan 'Los papeles del Pentágono'.



'Loving Vincent', nominada al Oscar.

miendo calurosamente) aún más poderosos que las de Woodward y Bernstein. Spielberg eligió esta segunda vía combinándola con la primera. La película es gris, perezosa, sin *punch* dramático y solo se anima en el tercio final cuando se plantea la disyuntiva de agachar la cabeza ante el Poder Ejecutivo y Judicial o enfrentarse a ellos. La razón de toda esa apática grisura reside en un

guión tópico, escolar, lleno de prolijas disgresiones, como toda la subtrama de la salida a Bolsa del periódico (nula a la hora de diseñar personajes secundarios que fecundicen la trama) y con dos actuaciones estelares de Meryl Streep y Tom Hanks muy convencionales, incapaces de infundir vida propia a sus personajes. Añadan que Mr. Spielberg, le esperamos en *Ready Player*, su próxima fábula de ciencia ficción, tampoco se esfuerza en dotar de brillantez a su puesta en escena y tendrán un resultado final muy, muy discreto.

Animación

Todo lo contrario podrán ver en *Loving Vincent*, una excelente incursión en el mundo, la vida y la pintura de Van Gogh, que se adentra en una técnica de animación inusual, tomar las pinturas del maestro holandés y transformarlas en fotogramas de una apasionante y extraordinaria aventura llena de plasticidad, emoción y sentido narrativo. *Loving Vincent*, obra de un inspirado equipo de cineastas polacos dirigido por Dorothea Kobiela y Hugh Welchman, ha sido nominada para el Oscar de película de animación y con permiso de *Coco*, que tampoco está mal, debería ganar gracias a esa apuesta de innovación, talento técnico y compromiso para explorar las líneas del horizonte del cine que siempre aspira a contar historias de nuevas maneras.

ENOLOGÍA

Otro grande de Toro

Enrique Calduch. Madrid

Este vino es toda una demostración de fuerza; aunque eso sí, no sorprende, porque procede de una familia especialista en hacer demostraciones de fuerza. Cartago es el alta gama de bodegas San Román, la firma de Toro que fundó Mariano García en 1997 y con la que dio comienzo a la nueva etapa de esa denominación de origen.

Para el que no le conozca, Mariano García, *el mago*, es uno de los personajes claves de la enología y del vino español. Nació en Vega Sicilia, donde su padre, Mauro, trabajaba en las tareas agrícolas que había en la finca compaginándolas con el cultivo de la viña y la elaboración del vino. Tras formarse en Madrid y Burdeos, se convirtió de joven en el enólogo de Vega Sicilia, puesto en el que le reconfirmó la familia Álvarez cuando compró la propiedad en 1882. Poco antes de aquello, en el pueblo de Tudela de Duero, en Valladolid, pero ya fuera de la denominación de origen Ribera, montó una pequeña bodega a la que puso en nombre de Mauro, en homenaje a su padre.

Mariano García, en sus tiempos de Vega Sicilia, recorría de arriba a abajo toda la denominación de origen conociendo los pueblos, parcelas y viticultores con las mejores viñas y uvas que compraba para la mítica bodega. Ese conocimiento, ha sido la base de que sus vinos posteriores hayan contado siempre con la mejor materia prima. También tener una bodega fuera de la denominación de origen le permitió buscar buenos viñedos en otras zonas y conocer las viñas viejas y espectaculares de la cercana Toro. De ello avisó a Pablo Álvarez, al frente de Vega Sicilia, quien fue discretamente preparando su desembarco en Toro y en el nacimiento de Pintia, otro de los referentes de esa denominación.

En 1998, García sale de Vega Sicilia para centrarse en su bodega de Tudela, Mauro; y en la de Toro, San Román, recién constituida. Así

que sólo acepta una propuesta, que es hacer Bodegas Aalto en Ribera de Duero, con su amigo Javier Zaccagnini, que fue gerente de la denominación de origen. Participaron en el accionariado de la bodega, donde actualmente figuran como socios mayoritarios Bodegas Enate y el Grupo Masaveu.

Consolidación

Aalto es hoy referente en Ribera; Mauro, se desarrolla con potencia y sitúa sus vinos entre los mejores sin denominación de origen de España; y San Román es una de las más reconocidas bodegas de Toro. Con el tiempo, se han ido incorporando los dos hijos de García al negocio: Eduardo, enólogo que ha heredado de su padre la habilidad en la vitivinicultura, y Alberto, quien lleva la gerencia, la comercialización y la comunicación. Aparte de consolidar las firmas, se han metido en nuevos proyectos de éxito como Garmón Continental, en Ribera de Duero; y un blanco, Mauro, elaborado con la variedad godello del Bierzo, que es una auténtica joya.

Mientras, en Toro, la bodega dispone de un centenar de hectáreas y viñedos privilegiados porque Mariano García tuvo la habilidad de ser de los primeros en elegir. Allí elaboran San Román, un

vino soberbio frutal, con tonos minerales y de monet bajo, con un precio de 26 euros. Quizás, al ser un precio elevado para el gran público, sacaron Prima, vino de gran calidad, con la firma de los García y a 9 euros. El año pasado lanzaron Cartago, procedente de un pago especial, el “paraje del pozo”. Ahora está en el mercado su segunda añada, la 2013, cien por cien tempranillo de Toro y 36 meses en barrica. Cuesta 80 euros la botella, pero tiene una nariz profunda, completísima, elegante, intensa, con mucha fruta negra madura, tonos minerales; y una boca poderosa, pero equilibrada, con una magnífica acidez y un retrogusto eterno. Una maravilla.



Cartago 2013.



En Toro, Bodegas San Román dispone de un centenar de hectáreas.